

Terminada la caza de un modo feliz, acerquéme al árabe que tan mortificado se había visto por el león, le ofrecí mi pañuelo, y mostrándole el cadáver de su enemigo, que yacía en el suelo, le dije:

—Arrolla este *chechia* á tu cabeza; no será éste quien te lo quitará.

Estas palabras avivaron la cólera del árabe, que injurió y dió grandes puñetazos al león. Creí haber ofendido al cazador, y añadí:

—Vé á visitarme á la ciudad, y prometo regalarte un rico *chechia* tunecino para consolarte del que has perdido.

El árabe se calmó como por ensalmo, y la esperanza de recibir un nuevo pañuelo me valió su amistad y la narración de algunas leyendas en que el león tenía el principal papel y era el ejecutor de la voluntad de Dios para la salud de los buenos y el castigo de los malos.

IV

Cuando los indígenas cazan el león de día y á caballo, los jinetes se ponen en línea á la entrada del bosque. Los ojeadores llenan el espacio de grandes ruidos y estrépito diabólico por el lado opuesto, de suerte que el león se vea forzado á dirigirse hacia el lugar donde están los jinetes.

Los ojeadores, lanzando buenos golpes de piedras, logran que la fiera abandone su guarida.

Los jinetes, cuando ven al león que avanza con aire majestuoso y pasos lentos, se precipitan rápidos como flechas, dan vueltas de molinete con sus espingardas, ó hacen brillar sus yataganes, lanzando frenéticos hurras. Los caballos, estimulados por las espuelas, y más que todo por el olor que exhala el león, se desbocan, y sucede una carrera loca, inaudita, vertiginosa, semejante al huracán.

El león se para asombrado ante esta tumultuosa *fantasía* árabe; presiente el peligro que le amaga, porque por doquier sólo nota enemigos que le rodean, y oye grandes gritos que le amenazan.

Mientras vacila entre penetrar de nuevo en el bosque, donde resuenan los estrepitosos gritos de los ojeadores, ó bien abrirse paso al través de la caballería árabe, suena una señal. Es un ojeador árabe que lleva espingarda ó fusil, que dispara contra la fiera, mientras que los otros, con asombrosa ligereza, ponen pies en polvorosa, trepando á lo alto de los árboles. No

tienen armas, y su misión, por otra parte, ha concluído.

Al oír el disparo, los caballos se encabritan y tiemblan, pues hartos comprenden que el peligro se aproxima.

El león, irritado ante semejante agresión, salta sobre el temerario que ha disparado contra él, pero casi siempre en balde. El árabe ya no está allí; su papel ha terminado abierta la caza; ligero como una ardilla ha trepado también sobre de un copudo y alto árbol vecino.

Entonces el león, enfurecido y que anhela una víctima, dando saltos, se dirige hacia los jinetes, que, rápidos y veloces antes, ahora contienen sus caballos y van al paso al encuentro de la fiera.

Empéñase un fuego granado por todos lados, y después comienza de nuevo la desenfadada *fantasía*, rodean al león y por todos lados se corre la pólvora.

La feroz alimaña, acribillada de balas, vése impotente para vengarse. Espía á su enemigo, dispuesta á lanzarse sobre él veloz como el rayo. Gira, muévase, torna y vuelve á girar en todas direcciones, describiendo un pequeño círculo, para saltar; y veinte veces en un segundo, los jinetes, en su vertiginosa carrera, cambian de sitio.

Esta ardiente sed de venganza, que tiene clavado casi siempre en el mismo terreno al león, le expone á recibir ciertos golpes. Entre la lluvia de balas que recibe, una bien dirigida le toca en la cabeza ó el corazón, y el león expira sin haber herido siquiera á ninguno de sus adversarios, salvo que algún imprudente jinete no haya venido á ponerse al alcance de sus garras; y entonces le destroza en un abrir y cerrar de ojos.

En Song-Abras, donde tenía mando el bravo capitán Fauvel, muerto después á consecuencia de una caída de caballo, se organizó una caza, á la que fué invitado.

Uno de mis compatriotas, que me vió con los arreos de caza y dispuesto á la partida, me dijo:

—¿Me permitis acompañaros? Anhele matar un león, pues esto me daría grande importancia entre mis compañeros cazadores de chochas y perdices.

No pude menos de sonreírme ante tan ingenua confesión, y le pregunté:

—¿Sois buen jinete?

—No alcanzo á comprender,—contestó,—la relación que tiene mi mayor ó menor habilidad de jinete con la caza de leones, donde el más certero tirador debe llevar la palma.

—¡Sea! Pero, si no sabéis montar á caballo, debo advertiros que veréis al león como Moisés vió la tierra

prometida; esto es, un instante; pero no moriréis después como aquel patriarca. Ya estáis advertido, y si, á pesar de ello, os place venir, seguidme y en marcha.

Partimos. La caza empezó, y salió el león de su guarida. Miré entonces con sorna á mi compatriota.

El caballo que montaba sacudió violentamente sus crines, dilató las ventanas de sus narices, aspirando ruidosamente el aire, y con él las acres emanaciones de la fiera. De pronto, el caballo volvió grupas, á despecho de los violentos esfuerzos que hacía el jinete para contenerle, y uno y otro desaparecieron cual si fueran arrastrados por un torbellino.



El árabe y el león

radas garras, destruyó el cráneo de Aiachi, que exhaló allí el último suspiro.»

La caza de la leona ofrece menos peripecias que la del león. Cuando aquella se halla en el bosque, sólo sale de su guarida forzada por los ojeadores. Igual sucede con los cachorros.

Sólo cuando la leona tiene cachorros, y les amaga al peligro, es cuando se vuelve terrible. Entonces, sin vacilar, más valiente y audaz que el mismo león, arremete con furia contra los raptos de sus hijos; hace inauditos esfuerzos para matar á sus enemigos y recobrar los pequeños leones.

En semejantes trances, el león, que no suele morar lejos del domicilio conyugal, acude presuroso al auxilio de su familia; pero no muestra tanto furor ni rabia como la hembra.

su tribu *El Aiachi*, que se había distinguido por su arrojo en la *fantasía*, pasaba y repasaba delante de la fiera con imprudente audacia.

Una de las veces, que pasaba al galope, el león dió un prodigioso salto, y sus garras cayeron sobre la grupa del caballo, que paró súbitamente su rápida carrera.

Veloces como el pensamiento, dos jinetes fueron al encuentro del león en aquellos supremos instantes. Uno de ellos descargó su fusil á boca de jarro al oído del animal. Era demasiado tarde: el león, con sus ace-

Todas estas cazas, realizadas á la luz del día, son la pasión favorita de los árabes, y se entregan á los placeres venatorios lanzando ruidosas exclamaciones de gozo.

¿Cómo se explica que los árabes no organicen con más frecuencia grandes cacerías?

Es que el árabe argelino, por prohibición expresa de las autoridades francesas, no puede usar fusil; y las cacerías de grande aparato revelarían que los indígenas faltan á la ley, y serían severamente castigados.

El árabe argelino suele ir hipócritamente á solicitar de la autoridad protección y amparo contra el león que destroza su ganado; y obtiene á veces del jefe del *bureau* (puesto militar), permiso para usar el fusil.

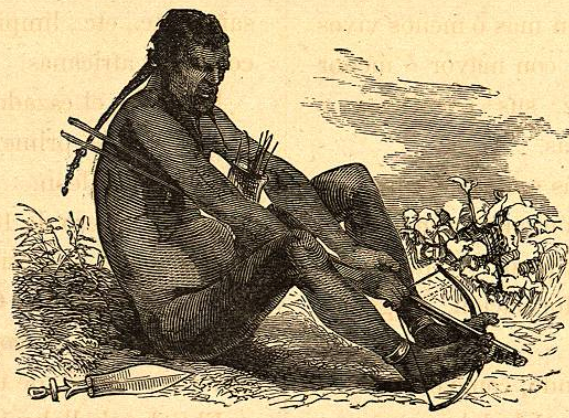
Pero si en las selvas argelinas son raras las grandes cazas, en que se corre la pólvora, el árabe sólo tiene el recurso de esperar el león á su paso; pero como la fiera no tiene itinerario fijo, y el árabe es muy perezoso, desiste muchas veces de su empeño.

Cuando el león ha robado varias cabezas de ganado en un mismo aduar, sus individuos se apresuran á jurar su muerte.

Entonces, si no puede organizarse una de esas monterías ruidosas, que son su delicia, se resignan á cazar silenciosamente á la fiera de noche al aguardo (*melbeda*).

Pero estos acechos son raros en las tribus no sujetas á la estrecha vigilancia francesa; pues, así que se proponen cazar al león, los indígenas prefieren que la pólvora *hable* á la luz del día, y combatir frente á frente al sultán de las montañas, en el bosque y la llanura, entre los gritos de los ojeadores, el estrépito de la fusilería y los saltos de la alimaña, que espía el propicio momento de destrozar alguno de los cazadores.

La *zubia*, foso descrito por Gérard, empieza á caer en



desuso entre los árabes de las provincias argelinas.⁽¹⁾

Hé aquí la razón: los árabes dejan en invierno sus rebaños á la intemperie, expuestos á frecuentes lluvias. Cuando el invierno es riguroso, los indígenas suelen perder muchas cabezas de ganado. Hace unos tres años, los *tharactha* de la provincia de Constantina perdieron la mitad de su hacienda en caballos, buyes y carneros, etc., etc.

El Gobierno ha proporcionado medios á los árabes de Argel para el abrigo de su ganado; y la *zubia* ó foso es inútil durante el invierno. En el verano los árabes se alejan de los bosques, y levantan sus tiendas en la llanura, donde el león hace raras apariciones.

Un error muy difundido en Argel entre los europeos, al contemplar algún despojo de león, sin las garras, es creer que el león ha sido aprisionado y muerto en la *zubia*, y que se ha arrancado las uñas en los momentos de cólera y desesperación, haciendo inútiles esfuerzos para salir del foso.

Es que ignoran que las mujeres árabes, llenas de singulares supersticiones, despedazarían, si no se lo vedaran, al león, para hacer de sus uñas amuletos para colgarlos del cuello de sus hijos; de los dientes de la fiera, remedio para el dolor de muelas; de la grasa, específico para alivio á los dolores; y de la cola conjuro contra engaños.

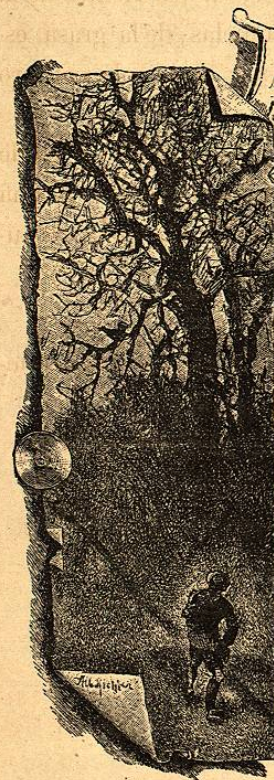
Los maridos ponen coto á semejantes demasías de las mujeres árabes; pues hartos conocen el valor de una piel de león casi intacta, y toman las mayores precauciones para no estropear el animal.

(1) Semejante artificio es aún muy usado en otras comarcas africanas.

CAPÍTULO V

AVENTURAS VENATORIAS NARRADAS POR LOS PRINCIPALES CAZADORES DE LEONES

I



BUNDOSA y variada materia ofrece este capítulo.

Los cazadores de leones más célebres, Anderson, Gordon, Cumming, Jules Gérard, Bombonnel, Chassaing, Cheret, Pertuiset, Livingstone, etc., etc., han escrito casi todos sus cacerías.

Los héroes de tan audaces empresas venatorias han pintado, con más ó menos vivos colores, con mayor ó menor sencillez, sus peripecias y aventuras.

Quizás se note alguna contradicción entre aquellos cazadores; pero, por punto general, y después de detenida información, juzgamos

veraces sus narraciones.

La raza leonina va desapareciendo, como otras feroces alimañas, de muchas comarcas del globo.

Lejos estamos de la época en que quinientos leones,

según afirma el naturalista Plinio, eran introducidos á la vez en las arenas del circo romano al inaugurarse la época del segundo consulado de Pompeyo; pero existen leones en la provincia argelina, en el Atlas, y en otros territorios africanos, donde han acudido los célebres cazadores para realizar las cacerías del león, chacal, pantera y jabalí.

Las narraciones de los cazadores franceses rebosan de notas características y cómicas, que contrastan con las peripecias y peligros propios de las cacerías y luchas con fieras; pero ofrecen subido interés, y nadie será osado á negar las hazañas y merecido renombre que han conquistado, en Argel, Gérard, Pertuiset, Chassaing, etc., etc., limpiando de animales feroces varias comarcas africanas.

Pertuiset, el cazador artista, refiere con gran gracejo y donosura la primera noche que se puso en acecho para cazar el león.

Era en Enero de 1864 cuando enderezó sus pasos al África con el propósito de heredar los lauros conquistados por el capitán Gérard, que acababa de morir.

Pertuiset iba en compañía de tres compatriotas, cazadores como él, de un guía y un criado árabe.

El Sol se hallaba á su ocaso, y las primeras sombras de la noche comenzaban á oscurecer los objetos.